

EL ARTE
DE
CETRERÍA

POR

FÉLIX RODRÍGUEZ DE LA FUENTE
CETRERO MAYOR DE ESPAÑA

*MEMBRE D'HONNEUR DE L'ASSOCIATION NATIONALE
DES FAUCONNIERS ET AUTOUSIERS FRANÇAIS*

HONORARY MEMBER OF THE BRITISH FALCONERS' CLUB

*HONORARY MEMBER OF THE NORTH AMERICAN
FALCONERS ASSOCIATION*

FOTOGRAFÍAS DE
PAUL RICKENBACK Y DEL AUTOR



EDICIONES NAUTA

cuanto aparece un zorro u otro cuadrúpedo de gran talla, el águila ataca en vuelo descendente y lo captura con facilidad. Este es el procedimiento del que suelen servirse los cazadores profesionales, que no disponen de tantos caballos y ayudantes como se requiere para la caza en el llano.

El alto precio de las pieles, las primas que el gobierno otorga por cada cabeza de lobo, y la limitación en la concesión de licencias para armas de fuego, en estas regiones de la U.R.S.S., han mantenido en auge esta magnífica caza. Hoy día, sin embargo, parece que las jóvenes generaciones están dispuestas a abandonar la rapaz por la primera escopeta que pueden adquirir. Este fenómeno no es raro y ha ocurrido en casi todas las regiones donde se practicaba la Cetrería con miras exclusivamente materiales. La llegada de la pólvora, que evita muchos esfuerzos y trabajos al cazador, interrumpe el laborioso aprendizaje que precisa el nuevo halconero. No ocurre así en los países donde la caza con aves de presa es patrimonio de las castas más destacadas, que la ejercitan únicamente por deporte y diversión.

En un interesante reportaje aparecido en la revista «France-U.R.S.S.», Gilbert Morhange relata sus conversaciones con uno de los últimos berkutchis del Kirgiztan, Adrahakman Kouloubaiev. El halconero dice que los jóvenes actuales prefieren una buena carabina y los berkutchis son ya raros. Su pájaro favorito, «Akus», ostenta los signos de los mejores cazadores; unas plumas blancas sobre la nuca y los ojos muy claros. Lo ha capturado en el mes de septiembre y sólo ha necesitado 19 días para adiestrarlo, aunque los malos berkutchis —dice— emplean hasta seis meses o un año para este trabajo. «Akus» se ha mostrado como un animal manso e inteligente.

En la primera salida de caza, Kouloubaiev se ha pasado tres días en la montaña, hasta conseguir que su águila matara el primer zorro. Un mes más tarde, «Akus» ostentaba ya un «tableau» de cinco zorros y una cierva. A finales de año, había matado 39 zorros. Verdaderamente «Akus» es un magnífico pájaro; según el viejo kirguis puede matar al zorro con una sola garra y levantarlo en vuelo. No lo vendería ni por 3.000 rublos.

A la pregunta de Gilbert Morhange de si sus águilas habían sido heridas por los lobos, el halconero contesta que sólo cuando hay dos juntos. Mientras el pájaro tiene a uno sujeto, el otro puede llegar a morderle. Pero esto es raro.

Con los 60 u 80 rublos que Kouloubaiev recibe por cada piel de zorro y con las primas de trescientos que se gana por cada lobo matado, puede vivir y dedicarse a sus águilas. Y todavía tiene algunos discípulos.

En Europa, modernamente se han manejado las águilas reales, aunque su empleo no ha pasado de las presas de escape. El capitán Knight, conocido halconero inglés, ya fallecido, adiestró varias águilas reales, procedentes de las montañas de Escocia. Aunque sufrió algunos ataques, llegó a amansarlas mucho y a tenerlas en su compañía durante varios años. No contento con el éxito obtenido con las águilas escocesas, se trasladó a África, donde capturó un

pollo de águila monera coronada, llamada por los negros nativos, el leopardo del aire, por su fuerza, ferocidad y por su costumbre de alimentarse de monos pequeños y medianos. En tierras inglesas «Coronation», que es como se llamaba el águila del capitán Knight, se mostró excelente cazadora de conejos de escape, superior en fuerza y velocidad a las águilas reales. ¿Qué hubieran hecho los kirguises con semejante fiera?

En Austria, Herr Smidler tenía una pareja de águilas adiestradas, que actuaron en muchas exhibiciones y congresos, capturando zorros con destreza, ante los sorprendidos espectadores.

Pero, por grandes que nos parezcan las hazañas de la reina de las aves ¿qué son comparadas con las del sacre? El rústico halcón de los desiertos ha llegado a cazar, como hemos visto, el asno salvaje y hasta a las propias águilas. No. No podemos darle el título de reina de las aves de Cetrería.

EL ÁGUILA DE BONELLI

Un pájaro que poseyera el vuelo del azor y la fuerza del águila, ocuparía un puesto de honor entre todas las aves de Cetrería. Podría cazar con facilidad esa presa que tanto hace sufrir a los azoreros: la liebre.

Si tal ave existe en nuestras latitudes sólo puede ser una: el águila de Bonelli. De hecho, ya en Alemania se la llama Habicht-Adler (azor-águila). Pero, ¿reúne ciertamente esta rapaz la rapidez del azor y la potencia del águila?

En toda España se la conoce por «la perdicera». Y, realmente, puede cazar perdices. Quienes la hayan visto en estado salvaje, describiendo círculos estrechos y ágiles, habrán comprobado que su silueta no se parece a la de las grandes águilas. Las alas son más cortas, más anchas, con las puntas de las rémiges —que recuerdan a los dedos de las manos separados y son típicas de las grandes veleras— muy poco aparentes. El timón es largo y ancho. El batir de las alas, enérgico y bastante rápido.

Vista de cerca, las diferencias son todavía más acusadas. Lo que más llama la atención es el plumaje, menudo, apretado, semejante al de un accípiter. La cabeza, muy firme, no es aplastada y de frente huidiza como la del águila real. La mirada es serena. El pico, corto y comprimido. Las armas, de muslo musculoso, tarso largo, mano grande y uñas muy desarrolladas, son impresionantes. Y se mantiene erguida, orgullosa, pero no desafiante.

Los jóvenes tienen las partes anteriores de un bello color rojizo uniforme, surcado por líneas verticales muy finas y poco aparentes. El dorso es oscuro. En vuelo, ostentan dos manchas claras, muy características, en el centro de las alas.

Con las mudas, el pecho, vientre y flancos, se hacen casi blancos; en los tarsos, perfectamente emplumados, aparecen como unas ondas grisáceas; el manto se vuelve gris pizarra; el iris, ambarino. El peso de las perdiceras españolas oscila entre el kilo y medio, mínimo para los torzuelos; y los tres kilos, máximo para las primas.

Esta criatura, brillante, y acabada, adorno incomparable de las risqueras soleadas, necesariamente había de ser

un ave mediterránea. Y en todas las riberas del Mare Nostrum tiene su patria. También ha colonizado las islas, y una raza oriental se adentra por el Asia Menor hasta la China Meridional.

HABITAT

Donde quiera que se alcen unas colinas rocosas puede haber una pareja de perdiceras; aún no hace muchos años, esto era un hecho. Hoy, se van retirando a las montañas más intrincadas y solitarias. Particularmente, aman las laderas boscosas, parceladas por paredones verticales, que formen una serie de valles estrechos y gargantas, la orografía fragosa.

La pareja permanece unida durante todo el año y se aleja escasamente de su cantón. Pero las que anidan en la alta montaña, realizan cortos desplazamientos en los meses más fríos del año, buscando zonas de caza propicias. En los montes del Pardo, se reunían bastantes, procedentes del Macizo del Guadarrama; hartas se han matado allí con el búho.

Los roquedos pelados de las provincias levantinas, esos rojizos farallones que se alzan sobre los magros espartizales, coronados aquí y allá por raquíticos pinos, son el último refugio de la gallarda perdicera.

CAZA

El águila de Bonelli es un cazador de montaña; acostumbra a volar pegada a las cumbres, vigilando ambas laderas; se deja caer a favor de la pendiente, sorteando matorrales y peñascos, como hace el azor en el bosque. Busca la sorpresa. Siempre está dispuesta a calar con un golpe magistral de ala sobre cualquier animal que encuentra desprevenido. Y su fuerza hace muy variada la lista de sus presuntas presas. He visto sus rasantes bajadas, rozando los bojedales en los encajonados vallejos que descienden desde los altos páramos de Burgos hasta el lecho del Ebro. Son fabulosos. Y lo curioso es que atacan las dos, a veinte metros una de otra. Una mañana se precipitaron con ruido de huracán entre dos peñas que delimitan el curso del Oca. Al llegar a la altura del río, el primer atacante se confundió con un grupo de cercetas. El águila que bajaba detrás hizo presa, en el giro más hermoso y perfecto que he visto en mi vida. Se quedaron las solitarias rocas repitiendo el eco. Y yo miraba unas plumas que cayeron mansamente sobre el agua.

En estas razzias, pueden coger hasta ratas y ardillas; tal es la precisión con que proyectan sus largas patas. Todos los pastores del páramo de Poza de la Sal, de Masa, de Cernégula, conocen bien sus hazañas. Desde sus nidos, situados en los contrafuertes de la meseta, suben a cazar a la llanura. Allí, se le llama el águila lebrera. Y no se le va una, me decía un pastor de Valdeloceda, ésta no es como la grande, que prefiere darse una panzada en una oveja muerta.

Matan muchas grajas, picazas, lagartos, perdices, hasta gatos. Pero, su plato fuerte ha sido siempre el conejo. La talla del pájaro, su arquitectura, su potencia de vuelo y sus necesidades alimentarias, le hacen perfectamente sub-

sidiario de esta presa, que puede transportar cómodamente hasta sus altos nidos. En toda la costa Mediterránea eran muy abundantes estos roedores hasta que la mixomatosis ha terminado con ellos, exigiendo un cambio radical en la dieta de las águilas perdiceras. Estas catástrofes ecológicas ponen a prueba la capacidad de adaptación de las especies. Y el águila de Bonelli se las ha arreglado maravillosamente para vivir de lo único que queda en aquellos ásperos y tórridos pedregales: lagartos. En tres nidos que observé en la provincia de Alicante, todas las egagrópilas estaban constituidas por acúmulos de escamas. José Antonio Valverde ha constatado en la provincia de Murcia que la base de la alimentación de las perdiceras son también los lagartos.

Entre las muchas repercusiones que ha tenido la desaparición masiva de los conejos, hay una que hubiera parecido increíble y tiene hasta su lado cómico. En todos los pueblos y ciudades de las provincias levantinas se venía practicando un deporte colomófilo que exige el mantenimiento de grandes bandadas de pájaros. Mientras hubo conejos, solo los halcones peregrinos se metían de vez en cuando con ellos. Pero he aquí que, de pronto, los ya castigados deportistas levantinos descubren un nuevo y terrible enemigo, el águila. Antes de relatar sus dispendios, conozcamos someramente este curioso deporte. En esencia, consiste en la rigurosa selección de palomas de una raza que se caracteriza por la exaltación amorosa. Cada criador prepara y estimula a sus machos mediante una alimentación que acrecienta su ardor y la más absoluta abstinencia sexual. ¡Una broma pesada! Pues bien, el día de la prueba, se da suelta a una sola paloma y a todo el tropel de impacientes galanes. Desde las terrazas y balcones, los deportistas contemplan entusiasmados la actuación de sus campeones. Sedientos de amor, enloquecidos, éstos forman un apretado grupo en torno a la dama —llamado en el argot deportivo «la piña»—; a picotazos, a golpes de ala, tratan de ir librándose de sus competidores. La emocionante persecución se prolonga en el límpido cielo; los más débiles, ahogados por el deseo, se van quedando atrás, hasta que el héroe de esta batalla hormonal, se lleva a la rendida hembra hacia su palomar. El premio que recibe su dueño suele ser cuantioso; el precio que alcanzan los buenos palomos, de varios miles de pesetas.

Pero, la aventura —y en este caso sí que se puede llamar aventura— no siempre acaba en boda. Cuando la piña es más compacta y el incruento combate más acalorado; cuando todos los colomófilos, extasiados, estiran el cuello, tratando de reconocer a su D. Juan en aquel maremagnun de alas; aparecen dos puntos fatídicos en el cielo. Dos puntos que crecen, que se agigantan como rayos de destrucción, ¡¡las águilas!!

Con suerte, cada una se lleva dos o tres mil pesetas. Y todas las ansias amorosas de los palomos restantes se transforman en prisa por refugiarse en su palomar. De nada sirven ya las dietas afrodisíacas. Lo mejor que pueden hacer los defraudados participantes es pedir al Santo Patrón que se haya salvado su preciado pájaro. Aunque, creo que el Santo está de parte de las águilas que, al fin y al cabo,

no hacen más que velar por la moral y buenas costumbres en los cielos levantinos.

Se han llegado a ofrecer elevadas primas por la captura de estas rapaces. Hasta se creó un club de escaladores que pretendían robar sus nidos. Pero las altas cortaduras de caliza y los extraplomos bajo los que las águilas los construyen acabaron con sus lucrativos proyectos. En el mes de mayo de 1960 trepé a un nido de perdiceras en compañía de Marcelle Parmentier, excelente escaladora. «Todo un gentío se había reunido debajo, para celebrar la captura de las águilas. Sorteando verdaderos atolladeros, en los que nos metieron un par de guías nativos, llegamos al nido. El descenso fue apoteótico; en pleno campo el club colombófilo nos agasajó con un magnífico lunch, rogándonos que volviéramos cada primavera para librarles de aquellos demonios que no les dejaban practicar el deporte regional».

Cuando una pareja de peregrinos anida cerca del cantón de las águilas de Bonelli, éstas se dedican a una sistemática e ingeniosa piratería. Vuelan muy altas, sobre el área de caza de los halcones; cuando uno de éstos hace presa y la transporta fatigosamente hacia su nido, el águila se lanza sobre él. La reacción del peregrino es siempre la misma; suelta su botín que, en pleno cielo, la perdicera recoge y, sin más escaramuzas, se lo lleva para sus aguiluchos. Los infatigables halcones se ven obligados a pagar este diezmo a los señores feudales del contorno, que, por supuesto, sólo podrían llegar a alcanzarlos cuando su vuelo está embarazado por el peso de la presa, muchas veces casi tan grande como ellos mismos. En dos ocasiones, he contemplando este expolio y me sorprendió la naturalidad con que se realizaba la entrega de la caza.

Esta debilidad de las águilas perdiceras es muy peligrosa para nuestros halcones de Cetrería. Todavía no hace mucho tiempo, mi amigo, el entusiasta halconero francés Robert Bonnaud vio, sobrecogido, como un águila de Bonelli le arrebató en pleno vuelo a su alfaneque favorito. Fue terrible la sensación —me decía— que experimenté al escuchar los gritos de agonía de mi pobre pájaro, transportado por el cielo. De nada pudo servirle ya al pobre alfaneque, pero el señor Bonnaud capturó dos días después a la perdicera. Al menos, puso a salvo a los otros pájaros de su equipo.

Los halconeros medievales sufrían más que nosotros mismos los ataques de las águilas. Poco puede hacer un hombre cuando un halcón está volando y aparece el águila en el horizonte; es tal el temor que inspira a los pájaros, que éstos huyen para ponerse a salvo sin parar mientes en el señuelo ni en la llamada, sobre todo si son pájaros del aire, con experiencia propia de estas escaramuzas. Ello no impide que, cuando están criando, los peregrinos ataquen a las águilas con gran tenacidad. En la Edad Media, «la fe movía las montañas» y era creencia de los más distinguidos halconeros que también podía mover el duro corazón del águila. Juan de Sahagún escribe en el capítulo 22 de su libro de Cetrería: «Para que el águila non faga mal al falcón dirás este verso que se sigue: Ecce crucem domini nostri Jesichristi, fugite partes adversae, vinci les de tribu Juda, radix David, alleluya alleluya».

El muy ilustre señor don Beltrán de la Cueva, duque de Albuquerque, que glosó el libro de Sahagún, escribe por su parte: «Lo que yo fago de que el águila anda sobre mí, de que voy a caza, es tirarle con una ballesta en el aire una saeta o un virote, en manera que la sienta pasar cerca de sí y luego se va el águila y nunca más allí torna; esto es lo que yo fago. Non tengo yo dubda quel verso y las palabras de Dios non sean buenas para esto y para otra cualquier cosa.»

REPRODUCCIÓN

En pleno invierno, las perdiceras ya están en celo. Describen círculos a gran altura, se dejan caer con las alas cerradas y, aprovechando la inercia, montan en candela. Este juego se repite durante horas. En pleno invierno, visitan los nidos casi a diario y los reponen cuidadosamente. Traen grandes ramas desde muy lejos, traen ramas de pino frescas, traen hojas de haya y de roble. ¡Qué amorosos son estos pájaros! Siempre están juntos, ayudándose en la caza o en la construcción del hogar.

Cualquier pared es buena para ellas. Muchas veces hacen el nido en un lugar escalable, habiendo cerca cortados mucho más altos. Parece que prefieren las gargantas, los valles cerrados. Pero también ocupan las altas rocas que dominan espacios abiertos. Generalmente, orientan el nido al saliente. Dominan el arte de la construcción; algunos están materialmente colgados en una liserá, como un nido de golondrina. Les basta una ligera repisa con un matojo para entrelazar una serie de ramas y levantar su abultada obra. No todos los nidos son muy grandes; algunos, creo que los pertenecientes a individuos muy jóvenes, apenas están cubiertos. A veces, los introducen en pequeñas hoquedades o grutas. Y todas las parejas disponen de varios, situados bastante cerca unos de otros, en los que hacen la puesta por caprichoso turno.

Este acontecimiento tiene lugar de finales de febrero a primeros de marzo; ponen dos huevos. La incubación dura aproximadamente 40 días. Los pollos permanecen en el nido alrededor de dos meses. En Castilla todos los pastores saben que se vuelan en San Pedro. Y andan por allí, querenciosos, para ver si pueden cogerlos y echarlos al puchero. Durante todo el verano y el otoño acompañan a sus padres. A veces se les ve en pleno invierno; volando pacientemente en lo alto del cielo, mientras sus progenitores se entregan ya a las paradas nupciales. Entonces, la familia se disuelve.

ADIESTRAMIENTO

Nadie puede imaginarse la alegría que me proporcionaron mis primeros pollos de perdicera ¡ni el miedo que pasé para bajar a por ellos! Nadie puede imaginarse la decepción que me causaron cuando comenzó su amansamiento. Se dejaban colgar cabeza abajo, como dos pesos muertos. En el suelo, se amilanaban, aplastándose y abriendo la boca.

A los quince días ya se tenían derechos en la mano, particularmente la hembra, «Amaya». Sin embargo, algo mantenía mi ilusión; aquel terrible poder de penetración

de sus uñas, aquella fuerza que se dejaba sentir dolorosamente a través de un guante de triple cuero.

Lo de hambrearlas, fue un verdadero problema. Se pasaron quince días comiéndose un ala de pollo exclusivamente. Y no daban muestras de tener verdadera hambre. Cuando empezó a volar a la mano, «Amaya» pesaba dos kilos y medio. El torzuelo estaba ya por aquel entonces en Bélgica; en manos de un halconero al que, por lo visto, se le murió muy pronto.

¡Qué rápido y qué grácil era el vuelo de «Amaya»!. A medida que la fui templando perdió aquella apatía de las primeras semanas. Pero eso fue lo trágico; se transformó en el animal más mordaz y peligroso que uno puede imaginarse. Si pasaba junto a su percha, cuando tenía hambre, saltaba inmediatamente hacia mí y, si podía, se me colgaba de los pantalones o de un brazo. Si un pájaro se debatía en el jardín, en el acto se tiraba hacia él, golpeando temerosamente el suelo con sus alas. Aquello era la delicia de un halconero. ¡«De un halconero kirguis»!, porque yo no sabía cómo entendérmelas con ella.

Me vi obligado a suspender los vuelos a la mano, porque al aterrizar una de sus garras caía en el guante pero la otra andaba siempre muy cerca de mi cabeza. Una mañana, que posaba con ella en el puño para que la retratara un cazador portugués muy afamado, me obsequió con un picotazo en plena nariz, que acabó con todas mis ilusiones de aguillero. Pero no me puse la careta de esgrima; aquello no iba con mis principios.

Pese a todo, llegamos a la introducción. Los primeros conejos de escape los fallaba lastimosamente. Y luego ¡cualquiera se acercaba a ella! Había que sacar una piel de liebre rellena, que mi paciente amigo Pascual arrastraba por la pradera, como un caballero asiático de a pie. Y allí se iba «Amaya», aferrando a la falsa presa. Con trabajo, empezó a matar los primeros conejos, y llegó el día de salir a buscar una liebre. Y ¿qué dirán ustedes que pasó?, pues que a aquel monstruo se le escapó de las manos después de dar una voltereta como a un vulgar azor. Más conejos de escape; y media docena de liebres falladas.

Ya era una cuestión de amor propio. Para salvar el honor recurrimos a ponerla en unas condiciones de caza muy semejantes a las de las águilas salvajes. Comenzamos a desencaperuzarla solamente en laderas muy empinadas, yendo por arriba y todos los ojeadores por el fondo del valle. Por este procedimiento conseguimos matar cuatro liebres. Y he de reconocer que las bajadas de «Amaya» desde lo alto de un laderón de 300 metros conquistaban a todo el mundo. Si tenía la suerte de pegar en la liebre antes de que ésta corriera ladera arriba, llegaba a hacerse con ella. Pero aquella no era una caza factible. No podían buscarse todos los días terrenos adecuados para estas persecuciones cuesta abajo. Optamos, en consecuencia, por invitar a «NODO» para que filmara una cacería, y allí quedó grabado en el magnífico «Imágenes 575» el vuelo de «Amaya», con todo lo que tenía de emocionante, de trabajoso y de exótico. Así, puedo verlo sentado en una silla cuando me place. Y también se ha visto en las salas de cine de toda Europa y en la televisión.

Si. Llegamos a probar que con el águila de Bonelli se pueden cazar liebres, pero no habitualmente, ni en cualquier terreno. La finalidad que me propuse con todos aquellos esfuerzos, fue la de obtener unas conclusiones que pudieran resultar útiles a futuros halconeros. Y las conclusiones son éstas:

1.^ª El adiestramiento del águila de Bonelli niega no encierra particulares dificultades y puede realizarse por la misma técnica que se emplea para todas las aves de bajo vuelo.

2.^ª Soportan perfectamente la caperuza y considero imprescindible su empleo para llegar a manejar este pájaro con alguna comodidad.

3.^ª El poder de asimilación de estas aves es muy grande y cuesta mucho tiempo abajarlas, pero una vez desainadas, se mantienen ininterrumpidamente en «yarak», dándolas una gorga ligeramente superior a la de un azor y de la misma calidad.

4.^ª Su agresividad se pone de manifiesto cuando se les va a retirar la presa, en cuyo momento jamás se le debe acercar la cara. Teniéndolas en el puño, se sienten dominadas por un irrefrenable deseo de picar a su maestro en el cuero cabelludo cada vez que éste agacha la cabeza.

5.^ª En la caza de liebres, única que he probado, son absolutamente inferiores al azor, pudiendo actuar únicamente en terreno despejado y encontrando las mayores posibilidades de éxito en persecuciones cuesta abajo. En las persecuciones rabo a viento, el pájaro es muy rápido, pero no llega a las liebres con un fuerte viento de pico.

6.^ª Las condiciones de salud del águila perdicera son muy superiores a la de los halcones y azores, pudiendo vivir a la intemperie durante todo el año, en España. Su muda es corta y fácil, dura desde primeros de julio hasta octubre.

7.^ª El peso del pájaro, su mala costumbre de permanecer en el puño con las alas abiertas y el poder de penetración de sus uñas, hacen molesto y poco practicable su manejo para un halconero que no cace a caballo.

Las noticias que tengo de los halconeros de otros países, que han manejado estos pájaros, coinciden bastante con mis experiencias. F. Terrase describe ampliamente el adiestramiento de un águila de Bonelli, niega, prima, procedente de Marruecos, que se dejaba escapar las liebres. En Alemania Renz Waller tuvo un torzuelo zahareño, originario de Cerdeña, que volaba bien las liebres pero no las retenía.

Creo que para no perder todas las esperanzas con este bonito pájaro, en lo que a la caza de liebres se refiere, habrá que pensar en los zahareños. Robert Bonnaud ha capturado algunas perdiceras zahareñas en Marruecos. La subespecie africana parece ser mucho más pequeña; me decía este halconero que había tenido un torzuelo poco mayor que un azor prima —según Stevens, de la talla de un gerifalte— y que todos los ejemplares de una o dos mudas eran de muy buen carácter. En lo que se refiere a la caza ningún dato importante pudo darme, porque en Casablanca, donde él vive, hay muy pocas liebres. Sé que en Alemania en el Congreso de halconeros celebrado en

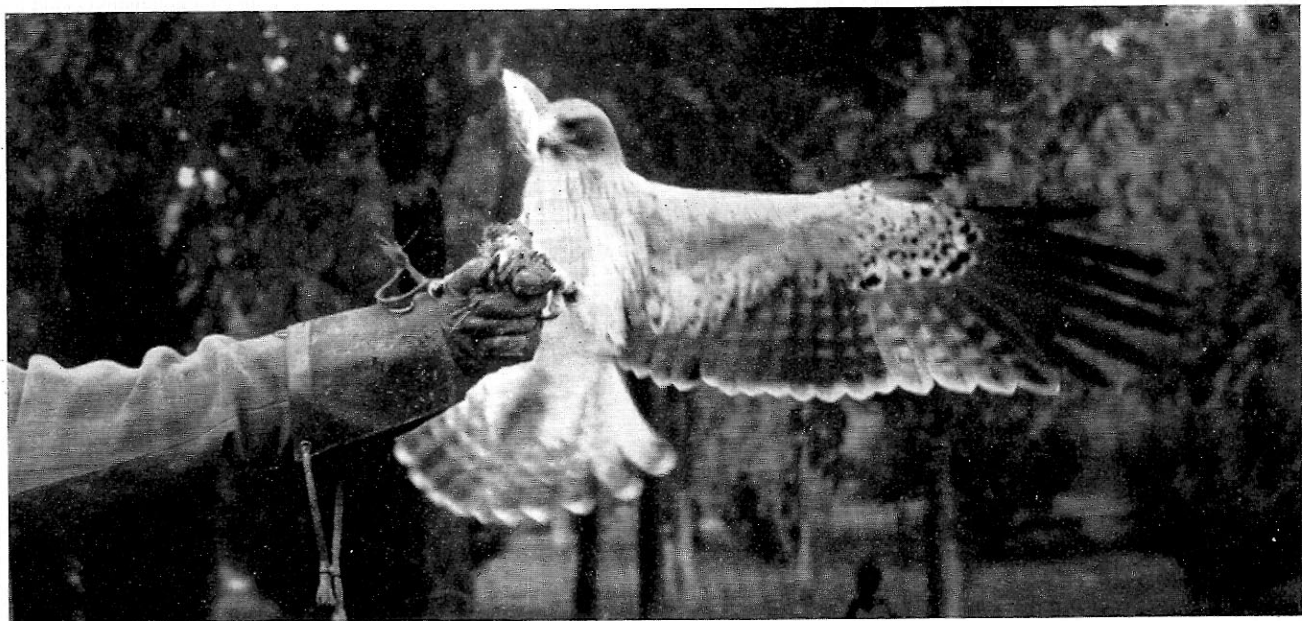
Kircham, en 1962, tres águilas de Bonelli han cobrado cinco liebres. Sin duda, la liebre alemana, mucho más grande que la española —llegan a pesar 6 kilos— e infinitamente más lenta, es una pieza ideal para este pájaro. En la misma reunión, un águila real, por lo visto perfectamente adiestrada, mató dos liebres y ¡un gato!

¿Qué haría este pájaro con las avutardas? Sería magnífico que algún lector dispusiera de tiempo y de entusiasmo para poder comunicármelo.

Mientras tanto, no tengo más remedio que reconocer que si hubiera un pájaro con el vuelo del azor y la fuerza del águila llenaría un hueco en el corazón de todos los halconeros. Pero entonces quizá la Cetrería resultara demasiado fácil.

ñanas felices que me ha proporcionado la Naturaleza, la pasé en el interior de un «hide», que habíamos montado a medio metro de un nido de águilas calzadas para obtener las fotografías que ilustran este capítulo.

Estábamos como colgados entre el cielo del amanecer y un mar de verdor, del que salían los gritos de mil pájaros, en plena primavera. Estábamos inmóviles y callados para no turbar, en el alba, el sueño de aquellos dos aguiluchos que descansaban confiados a nuestra vera. Cuando, poco después de salir el sol, llegó la hembra, el árbol se movió hasta sus raíces. Los polluelos la miraron tranquilos, casi apáticos, sin esa inquietud y salvajismo de los jóvenes azores. El águila traía una rama en el pico. Y la puso allí, cuidadosamente; en el borde del nido. A cada «clic» de la



El águila calzada volando a la mano.

EL ÁGUILA CALZADA

Ésta no es un ave de Cetrería. Pero es tan bonita y tan elegante que vamos a concederle un pequeño capítulo. De la talla del azor, también vive y anida en los árboles. Sin embargo, no precisa grandes extensiones forestales para establecerse. Le basta un soto bien arbolado o un bosquecillo. Vive en Europa meridional, particularmente, en España, los Países Balcánicos y el Sur de Rusia. En Asia puede encontrársela en el Turkestán, Altai Central, llegando hasta la India Septentrional. En invierno, abandona el área mediterránea y desciende hacia el África y la India.

El águila enana —que también así se llama— tiene las partes anteriores muy claras; el manto, manchado de pardo oscuro. Un viejo torzuelo es de llamativa belleza. La cabeza, bastante grande, ostenta una melena de plumas muy finas y doradas. En torno a los ojos, que llegan a ser rojos, se dibuja una oscura ojera. Todo el pecho y las calzas, muy emplumadas hasta el arranque de los dedos, son de un blanco purísimo.

Una de las mañanas más felices, entre las muchas ma-

máquina, se volvía a mirarnos, pero sin alarma. Aquel armatoste estaba montado desde hacía tres semanas y ya constituía parte de su mundo.

El torzuelo estaría cazando allá abajo, en la vega. Aurelio, el guarda Mayor, lo veía caer muchas veces, a media mañana, como un dardo dorado. Porque la Calzada es un gran especialista en el vuelo en picado. En ese picado que, al principio del libro, dijimos que era inerte. Y lo es; no se acelera con las alas. La Calzada es un especialista en la caída. Por eso, no empiezan a cazar hasta que el sol está alto y se elevan las poderosas corrientes térmicas desde las siembras y las rastrojeras. Para aprovecharlas tiene las alas largas y anchas y la cola relativamente corta.

¡Y cómo cazan las calzadillas! Esta águila debía llamarse perdicera y no la otra. Está flotando como un copo de plata debajo del sol, allí donde no se la puede ver. Y la pollada de perdigones del mes de julio inicia su corto y curvo vuelo. Aún no han tocado el suelo las rojas patas, cuando la Cazadora —en Castilla se la llama Águila Ca-